

## PROLOGO

Nniv no acudió a recibir la nave estelar de Mikal. En cambio, esperó en la Casa del Canto, construida de piedra irregular, escuchando la canción de las paredes, el susurro del centenar de jóvenes voces en las Cámaras y las Celdas, el frío ritmo de las corrientes de aire. Había pocas personas en la galaxia que se atrevieran a intentar que Mikal fuera hasta ellos. Nniv, sin embargo, no era atrevido. No se le ocurría pensar que el Maestro Cantor tuviera que ir a recibir a nadie.

Fuera de los muros de la Casa del Canto, el resto de los habitantes del planeta Tew no estaban tan tranquilos. Cuando la nave de Mikal lanzó sus salvajes impulsos de energía sobre el campo de aterrizaje y se posó firme y delicadamente en el suelo, había miles de personas esperando para verle. Podría haber sido un líder bienamado que fuera a oír las bandas de música y las aclamaciones de la multitud que llenaba el campo de aterrizaje. Podría haber sido un héroe nacional, con flores extendidas a su paso y dignatarios inclinándose con un saludo y esforzándose por enfrentarse a una situación para la que, en Tew, aún no habían dispuesto ningún protocolo.

Pero el verdadero motivo de las ceremonias y la adoración externa no era el amor, sino un incómodo recuerdo del hecho de que Tew había tardado en someterse a la Disciplina de Frey. Los embajadores de Tew habían jugado ante otros mundos con los planes y las alianzas para formar una resistencia patética y última al conquistador más irresistible de la historia. Ninguno de los planes sirvió de nada. Numerosas alianzas y naciones de las más poderosas habían fracasado y ahora, cuando las naves de Mikal aparecían, ningún mundo interior se resistía; no estaba permitido mostrar ninguna hostilidad.

Ciertamente, tampoco había terror alguno en los corazones de los oficiales que se encaminaban hacia él con calculada pompa. Los días de saquear planetas conquistados habían terminado. Ahora que ya no había ninguna resistencia, Mikal demostraba que podía gobernar con brutalidad y al mismo tiempo con inteligencia, consolidar un imperio con la finalidad de abarcar los mundos más distantes de la galaxia y confederaciones en donde su nombre era tan sólo un rumor. Mientras los dignatarios tuvieran cuidado, el gobierno de Mikal en Tew sería razonablemente justo, sólo suavemente represivo y desagradablemente honesto.

Algunos se preguntaban por qué Mikal se interesaba por Tew. Parecía aburrido mientras se abría paso entre la alfombra de flores. Sus guardias y lacayos mantenían a la multitud a una prudente distancia. No miraba a ninguna parte y pronto desapareció en el interior del vehículo que lo condujo rápidamente a las oficinas del Gobierno. Y no fue Mikal, sino sus ayudantes, quienes preguntaron, despidieron y contrataron, los encargados de plantear y explicar las nuevas leyes y el nuevo orden, de revisar rápidamente el sistema político del mundo para que encajara en los parámetros del pacífico imperio de Mikal. ¿Qué necesidad tenía, entonces, Mikal de venir a Tew?

Sin embargo, la respuesta tendría que haber sido obvia, y pronto lo fue para todos aquellos que estaban lo suficientemente bien informados como para saber que Mikal había desaparecido del edificio que iba a alojarle. En realidad, Mikal no era distinto de los demás turistas que visitaban Tew. El planeta era sólo un mundo sin importancia, y no estaba, en absoluto, considerado dentro de los planes imperiales, excepto por la Casa del Canto. Mikal había venido a ver la Casa del Canto. Y, puesto que era un hombre rico y poderoso, sólo había una auténtica razón para visitarla.

Quería un Pájaro Cantor, naturalmente.

—No puede disponer de un Pájaro Cantor, señor —dijo la tímida muchacha de la sala

—No he venido a discutir con porteras.

—¿Con quién le gustaría discutir? No servirá de nada.

—Con el Maestro Cantor, con Nniv.

—No comprende —explicó la muchacha—. Los Pájaros Cantores sólo se dan a los que verdaderamente puedan apreciarlos. Somos nosotros quienes los ofrecemos. No aceptamos peticiones.

Mikal la miró con frialdad.

—No estoy haciendo ninguna petición.

—¿Entonces qué hace aquí?

Mikal no dijo nada más. Simplemente, se quedó allí de pie, esperando. La muchacha intentó discutir con él, pero Mikal no contestó. Ella intentó ignorarle y continuar con su trabajo, pero él esperó durante más de una hora, hasta que no lo pudo soportar. La muchacha se levantó y salió sin decir una palabra.

—¿Cómo es? —cantó Nniv, en voz baja y tranquilizadora.

—Impaciente —contestó ella.

—Sin embargo, te esperé —la corrección no dio paso a la crítica en la voz de Nniv. Ah, es un maestro amable, pensó la muchacha, pero no dijo nada.

—Es tozudo —continuó—. Es un gobernante, y no se resigna a creer que exista algo que no pueda conseguir, alguien a quien no pueda ordenar, algún lugar que no pueda ocupar con su presencia.

—Ningún hombre puede viajar por el espacio sin saber que hay lugares que no puede ocupar —respondió Nniv amablemente.

Ella inclinó la cabeza.

—¿Qué le digo?

—Dile que lo veré.

La muchacha se sorprendió; estaba desconcertada. Abandonó las palabras y cantó su confusión. La canción era débil e incontrolada, pues nunca sería un maestro cantor, ni siquiera una instructora, pero preguntó a Nniv, sin palabras, por qué quería escuchar a un hombre semejante, por qué se arriesgaba a que el resto de la humanidad pensara que la Casa del Canto trataba a todos los hombres por igual, juzgando sólo según el mérito de cada cual, no según el poder... excepto a Mikal.

—No me corromperá —cantó Nniv suavemente.

—Dile que se marche —suplicó ella.

—Tráemelo.

La muchacha perdió el Control y lloró; declaró entonces que no podía hacer una cosa así.

Nniv suspiró.

—Entonces haz que venga Esste. Mándame a Esste, y haz que te releven de tu puesto hasta que Mikal se marche.

Mikal, una hora más tarde, aún esperaba en la antesala, cuando las puertas volvieron a abrirse. Esta vez no era la portera, sino otra mujer, más madura, con sombras bajo los ojos y porte altivo.

—¿Mikal?

—¿Eres tú el Maestro Cantor? —preguntó Mikal.

—No —dijo ella, y por un instante Mikal se sintió profundamente cohibido por haberlo pensado. ¿Pero por qué tengo que estar avergonzado?, se preguntó, y descartó aquellos sentimientos. La Casa del Canto maquina hechizos, decía la gente corriente de Tew, y aquello ponía nervioso a Mikal. La mujer le condujo fuera de la sala, canturreando. No dijo nada, pero su melodía indicaba a Mikal el camino que debía seguir, y por lo tanto siguió la tonadilla de la música a través de los fríos salones de piedra. Las piedras se abrían aquí y allá; las ventanas eran lo único que arrojaban luz (y era una luz tenue de un cielo gris e invernal). Durante todo el recorrido por la Casa del Canto no se encontraron con nadie, ni oyeron ninguna otra voz.

Por fin, después de subir muchas escaleras, llegaron a una gran sala, la Sala Alta, aunque, en realidad, nadie lo mencionó. Sentado en un banco de piedra, en el fondo de la

estancia, resguardado de la fría brisa que entraba por los postigos abiertos, se encontraba Nniv. Era un hombre viejo, su rostro reflejaba más el paso de los años que sus propios rasgos y Mikal se sorprendió. Anciano. Eso hizo pensar a Mikal en su propia muerte, que sólo había empezado a percibir cuando cumplió los cuarenta años. Ahora tenía sólo sesenta, pero ya no era joven y sabía que el tiempo jugaba en su contra.

—¿Nniv? —preguntó Mikal.

Nniv asintió y su voz murmuró un bajo mmmm.

Mikal se volvió hacia la mujer que le había acompañado hasta allí. Ésta seguía canturreando.

—Déjanos a solas —dijo Mikal.

La mujer permaneció donde estaba, mirándole como si no comprendiera. Mikal se enfureció, pero no dijo nada porque de repente la melodía aconsejó silencio, ordenó silencio, y Mikal se volvió hacia Nniv.

—Dile que deje de canturrear. Me niego a ser manipulado.

—Entonces te niegas a vivir —dijo Nniv, y su canto se asemejó a una risa, aunque su voz continuaba siendo suave.

—¿Me estás amenazando?

Nniv sonrió.

—Oh, no, Mikal. Simplemente te hago ver que todos los seres vivos son manipulados. Mientras haya una voluntad, ésta será doblegada y manejada constantemente. Sólo a los muertos se les permite disfrutar del lujo de la libertad, y eso sólo porque no quieren nada, y por tanto no pueden ser contrariados.

Los ojos de Mikal se tornaron fríos en ese instante, y habló con voz controlada que parecía disonante y embarazosa tras la música del discurso de Nniv.

—Podría haber venido por la fuerza, Maestro Cantor Nniv. Podría haber hecho que aterrizasen ejércitos y armas que habrían obligado a la Casa del Canto a trabajar bajo mi voluntad. Si tuviera la intención de coaccionaros, asustaros o bien, de alguna manera, abusar de vosotros no habría venido solo, expuesto al ataque de los asesinos, a pedir lo que deseo. He venido a verte respetuosamente, y se me tratará con el mismo respeto.

La única respuesta de Nniv fue mirar a la mujer, a quien dijo:

—Esste.

Ella guardó silencio. Su canturreo había sido tan penetrante que las paredes resonaron claramente en el repentino silencio posterior.

Nniv esperó.

—Quiero un Pájaro Cantor —dijo Mikal.

Nniv no dijo nada.

—Maestro Cantor Nniv, conquisté un planeta llamado Lluvia, y en él había un hombre de gran fortuna que poseía un Pájaro Cantor y me invitó a escuchar cantar al niño.

Y, al recordarlo, Mikal no pudo contenerse. Se echó a llorar.

Sus sollozos sorprendieron a Esste y a Nniv. Este hombre no era Mikal el Terrible. No podía serlo, pues los Pájaros Cantores, aunque impresionaban a todo el mundo, sólo podían ser plenamente apreciados por ciertas personas, gente cuyo interior más profundo resonara con la más poderosa de las músicas. Era sabido en toda la galaxia que un Pájaro Cantor jamás acudía a una persona que matara, codiciosa, que sintiera gula o que ansiara el poder. Ese tipo de gente no podía escuchar realmente la música de un Pájaro Cantor, y no cabía la menor duda de que Mikal había comprendido al Pájaro Cantor. Nniv y Esste podían oír sus cantos involuntarios demasiado claramente como para equivocarse.

—Nos has hecho daño —dijo Nniv, con la voz apesadumbrada.

Mikal se contuvo como pudo.

—¿Yo, haceros daños a vosotros? ¿Yo? El solo recuerdo de vuestro Pájaro Cantor me destroza.

—Te exalta.

—Rompe mi compostura, que es la clave de mi supervivencia. ¿Cómo os he dañado?

—Al demostrarnos que realmente mereces un Pájaro Cantor. Estoy seguro de que sabes lo que eso significa. Todo el mundo sabe que la Casa del Canto no se inclina ante los poderosos en lo que respecta a los Pájaros Cantores. Y sin embargo... te concederemos uno. Ya puedo escucharlo: «Hasta la Casa del Canto se vende a Mikal...»

La voz de Nniv hizo una imitación estridente y apropiada de la forma de hablar de la gente corriente, aunque, como es natural, ese tipo de criaturas no existía en la galaxia. Mikal se echó a reír.

—¿Cree que es divertido? —preguntó Esste, y su voz afectó a Mikal de una manera tal que le hizo retroceder.

—No —respondió.

Nniv cantó suavemente, tranquilizando a Esste y a Mikal.

—Pero, Mikal, sabes también que no fijamos ninguna fecha de entrega. Tenemos que encontrar el Pájaro Cantor adecuado para ti, y si no lo encontramos antes de que mueras, no puede haber queja.

Mikal asintió.

—Pero deprisa. Deprisa, si podéis.

Esste cantó. Su voz resonaba llena de confianza.

—Nunca nos damos prisa. Nunca nos damos prisa. Nunca nos damos prisa.

La canción fue la despedida de Mikal. Se marchó y encontró solo la salida, guiado por el hecho de que todas las puertas, excepto las de la derecha, estuvieran cerradas para él.

—No comprendo —le dijo Nniv a Esste después de que Mikal se hubiera marchado.

—Yo sí —contestó Esste.

Nniv susurró su sorpresa mediante un siseo creciente que se repitió en las paredes de piedra y se mezcló con la brisa.

—Es un hombre de gran fuerza y poder personal —le dijo—. Pero no se ha corrompido. Cree que puede usar su poder para el bien. Ansia hacerlo.

—¿Un altruista? —a Nniv le costaba trabajo creerlo.

—Un altruista. Y esta es su canción —dijo Esste, y entonces empezó a cantar, usando ocasionalmente las palabras o pronunciando extrañas vocales, o incluso mediante el silencio, el viento y la forma de sus labios para expresar su comprensión hacia Mikal.

Por fin su canción terminó, y la propia voz de Nniv se cargó de emoción mientras cantaba su reacción.

—Si realmente es como lo cantas, entonces le amo —dijo Nniv cuando terminó su canción.

—Yo también —contestó Esste.

—¿Quién encontrara un Pájaro Cantor para él, sino tú?

—Encontraré el Pájaro Cantor de Mikal.

—¿Y le enseñarás?

—Le enseñaré.

—Entonces habrás hecho el trabajo de toda una vida.

Y Esste, aceptando el duro desafío (y el posible honor inestimable), cantó su sumisión y dedicación, y dejó a Nniv a solas en la Sala Alta para que escuchara la canción del viento y contestara lo mejor que pudiera.

Durante setenta y nueve años, Mikal no tuvo Pájaro Cantor. En todo ese tiempo, conquistó la galaxia, impuso la Disciplina de Frey sobre toda la humanidad, estableció la paz de Mikal para que cada recién nacido tuviera una esperanza razonable de vivir hasta la edad adulta, y nombró un gobierno de gran categoría para cada planeta, cada distrito, cada provincia y cada ciudad que existiera.

Y siguió esperando. Cada dos o tres años, enviaba un mensajero a Tew para que le hiciera una pregunta al Maestro Cantor:

—¿Cuándo?

Y siempre obtenía la misma respuesta.

—Todavía no.

Y los años y la carga del trabajo de su vida envejecieron a Esste. Muchos Pájaros Cantores fueron descubiertos gracias a su búsqueda, pero ninguno que pudiera cantar adecuadamente la canción de Mikal.

Hasta que encontró a Ansset.

ESSTE

1

Había muchas maneras de encontrar a un niño en el mercado de niños de Doblav- Me. Muchos de ellos, naturalmente, eran huérfanos, aunque, ahora que las guerras habían concluido con la Paz de Mikal, la orfandad era una posición social mucho menos frecuente. Otros habían sido vendidos por padres desesperados que necesitaban dinero... o que necesitaban quitarse a un hijo de en medio y no tenían valor para asesinarlo. Muchos eran bastardos procedentes de mundos y naciones donde la religión o las tradiciones prohibían el control de natalidad. Y otros habían sido introducidos en secreto.

Ansset era uno de esos cuando un buscador de la Casa del Canto le encontró. Había sido raptado y sus secuestradores, a causa del pánico, habían optado por sacar un rápido beneficio del bebé, en vez de dedicarse al arriesgado negocio de pedir un rescate a cambio de su devolución. ¿Quiénes eran sus padres? Probablemente tenían recursos económicos, pues de lo contrario no hubiera merecido la pena secuestrar al niño. Eran blancos, porque Ansset era extremadamente blanco de tez y muy rubio. Sin embargo, había millones de personas que encajaban en aquella descripción, y ninguna agencia del gobierno era tan ingenua como para asumir la responsabilidad de devolverlo a su familia.

Por tanto Ansset, cuya edad era imposible averiguar, aunque no podía tener más de tres años, fue uno más entre los doce niños que el buscador llevó a Tew. Todos ellos habían respondido bien a varias pruebas sencillas: reconocimiento de tono, repetición de melodías y respuesta emocional. En realidad, habían respondido suficientemente bien como para ser considerados potenciales prodigios musicales. Y la Casa del Canto los había comprado (no, no, los niños no son comprados en el mercado de niños); la Casa del Canto los había adoptado a todos. Tanto si se convertían en Pájaros Cantores como en simples cantores, maestros o profesores, o aunque no sacaran ningún provecho de la música, la Casa del Canto les educaba y se preocupaba por ellos durante toda su vida. In loco parentis, decía la ley. La Casa del Canto era madre, padre, niñera, hermana, prole y, hasta que los niños no alcanzaban cierto nivel de sofisticación, incluso Dios.

—Nuevos —cantaron un centenar de chiquillos en la Sala Común, mientras Ansset y sus compañeros adquiridos en el mercado entraban en la estancia. Ansset no destacaba de los demás. Cierto, estaba aterrorizado, pero lo mismo les sucedía a los otros. Y aunque su piel nórdica y sus cabellos le diferenciaban del otro extremo del espectro racial, ese tipo de cosas eran estrictamente ignoradas y nadie le ridiculizó por ello, como tampoco habrían ridiculizado a un albino.

Fue presentado de un modo rutinario a los demás niños; y del mismo modo rutinario todos olvidaron su nombre en cuanto lo oyeron; y también de forma habitual cantaron una bienvenida cuyo tono y melodía eran tan confusos que no sirvió de nada para mitigar el miedo de Ansset; como de costumbre, Ansset fue asignado a Rruk, una niña de cinco años que conocía bien las normas.

—Puedes dormir conmigo esta noche —dijo Rruk, y Ansset asintió en silencio—. Soy mayor. Dentro de unos meses, muy pronto, tendré una celda —esto no significaba nada

para Anset—. De todas formas, no te mees en la cama, porque nunca nos toca la misma dos veces seguidas.

El orgullo de tres años de Anset fue suficiente como para que se ofendiera ante aquello.

—No me meo en la cama —dijo. Pero no parecía enfadado... sólo asustado.

—Bien. Algunos se asustan tanto que lo hacen.

Era casi la hora de acostarse; los niños nuevos siempre venían a la hora de acostarse. Anset no hizo ninguna pregunta. Cuando vio que los otros niños se desnudaban, se desnudó él también; cuando vio que encontraban pijamas bajo las mantas, él también encontró uno y se lo puso. Rruk intentó ayudarlo, pero Anset rehusó la oferta. Ella pareció dolida durante un instante, pero entonces le cantó la canción del amor:

Nunca te lastimaré.  
Siempre te ayudaré.  
Si tienes hambre  
te daré mi comida.  
Si estás asustado  
yo soy tu amiga.  
Te quiero ahora  
y el amor no tiene fin.

Las palabras y conceptos iban más allá de la capacidad de comprensión de Anset, aunque no el tono de voz. El abrazo con el que Rruk le envolvió fue todavía más significativo, y Anset se apoyó en ella, aunque siguió callado y no lloró.

—¿Quieres ir al lavabo? —preguntó Rruk.

Anset asintió, y ella le condujo a una larga habitación, al lado de la Sala Común, donde el agua corría rápidamente por los canalillos. Fue allí donde supo que Rruk era una niña.

—No mires —dijo ella—. Nadie mira sin permiso.

Una vez más, Anset no comprendió las palabras, pero el tono de voz era claro. Lo comprendía instintivamente, como siempre había hecho; era su mayor don, conocer las emociones aún mejor que la persona que las experimentaba.

—¿Cómo es que no hablas más que cuando estás enfadado? —le preguntó Rruk cuando estaban acostados en camas contiguas (al igual que otro centenar de niños).

Fue entonces cuando Anset perdió el control. Sacudió la cabeza, se dio luego la vuelta, la metió debajo de las sábanas y lloró hasta que se quedó dormido. No vio a los demás niños a su alrededor que le miraban con desdén. No supo que Rruk canturreaba una tonada que significaba: «Dejadnos en paz, dejadnos tranquilos, dejadnos vivir.»

Sin embargo, sí se dio cuenta cuando Rruk le palmeó la espalda y supo que el gesto era de afecto. Y por esto nunca olvidó su primera noche en la Casa del Canto y el porqué nunca pudo sentir hacia Rruk otra cosa que no fuera amor, aunque pronto sobrepasaría las cualidades bastante limitadas que tenía la niña.

—¿Por qué permites que Rruk esté siempre a tu lado, cuando no es ni siquiera una Brisa? —le preguntó una vez un compañero estudiante cuando Anset tenía seis años. Este no contestó con palabras, sino con una canción que hizo que el curioso perdiera el Control, provocando su humillación, y logrando que llorara abiertamente. Nadie más se atrevió a desafiar jamás el derecho de Rruk sobre Anset. No tenía amigos de verdad, pero su canción para Rruk era un desafío demasiado poderoso.

Anset se aferraba a dos recuerdos de sus padres, aunque no sabía quiénes eran aquellas personas que aparecían en sus sueños. Eran la Dama Blanca y el Gigante cuando se le ocurría ponerles nombre. Nunca le hablaba a nadie de su existencia, y sólo pensaba en ellos cuando los había visto en sueños la noche anterior.

El primer recuerdo era de la Dama Blanca sollozando, tendida en una cama de enormes almohadas. Miraba a la nada y no veía a Anset entrar en la habitación. Los pasos del niño eran vacilantes. No sabía si ella se enfadaría por haber entrado allí. Pero sus lamentos suaves y ahogados le atraían, pues eran un sonido que no podía resistir, y se acercaba y se quedaba junto a la cama donde ella apoyaba su cabeza en un brazo. El extendía la mano y la tocaba. Hasta en sueños la piel era caliente y febril. Ella le miraba y sus ojos estaban inundados en lágrimas. Anset ponía la mano en sus ojos, le tocaba las cejas, deslizaba sus deditos hacia abajo, y le cerraba los párpados tan cuidadosamente que la Dama Blanca no reaccionaba. Ella suspiraba y él acariciaba toda su cara, mientras sus sollozos se suavizaban hasta convertirse en un tenue susurro.

Entonces el sueño se bifurcaba y terminaba de diversas y extrañas formas. Siempre entraba el Gigante, con una misteriosa voz, retumbante, abrazos y gritos. A veces también él se tumbaba en la cama con la Dama Blanca, otras cogía a Anset y le hacía correr extrañas aventuras que siempre terminaban con el despertar. A veces la Dama Blanca le daba un beso de despedida, y otras, no advertía su presencia cuando el Gigante entraba en la habitación. Pero el sueño siempre empezaba igual, y esa parte que nunca cambiaba era lo que Anset recordaba.

El otro recuerdo era el momento del secuestro. Anset estaba en un lugar muy amplio, con un tejado distante que estaba pintado con animales extraños y gente deforme. Una fuerte música surgía de un lugar iluminado donde todo el mundo se movía constantemente. Entonces se producía un sonido ensordecedor y ese lugar se volvía todo luz y ruido y conversación, y la Dama Blanca y el Gigante andaban entre la multitud. Había empujones y codazos, y alguien se interponía entre la Dama Blanca y Anset, separando sus manos. Ella se volvía hacia el desconocido, pero en ese mismo momento Anset sentía que una mano poderosa atrapaba la suya. Le alejaban de un tirón y chocaba bruscamente con la gente. Entonces la mano le tiraba hacia arriba, lastimándole el brazo, y por un instante, alzado por encima de la muchedumbre, Anset veía a la Dama Blanca y al Gigante por última vez.

Los dos se abrían paso entre la multitud, con caras temerosas y las bocas abiertas a punto de gritar. Pero Anset no podía recordar nunca lo que decían, porque una ráfaga de aire caliente le golpeaba y una puerta se cerraba, y entonces siempre- siempre se despertaba, temblando, pero sin llorar, porque oía una voz que decía tranquilo, tranquilo, tranquilo, con un tono que significaba miedo, caída, fuego y vergüenza.

—Tú no lloras —dijo el profesor, un hombre con una voz más confortante que la luz del sol.

Anset negó con la cabeza.

—A veces —contestó.

—Antes —repuso el profesor—. Pero ahora aprenderás el Control. Cuando lloras malgastas tus canciones. Las quemas. Las ahogas.

—¿Canciones? —preguntó Anset.

—Eres una pequeña olla llena de canciones —dijo el profesor—, y cuando lloras la olla se rompe y todas las canciones se derraman y se pierden. El Control implica mantener las canciones en la olla, y dejarlas salir una a una.

Anset sabía lo que era una olla. La comida salía de las ollas. Pensó entonces que las canciones eran comida, además de música.

—¿Conoces alguna canción? —preguntó el profesor.

Anset negó con la cabeza.

—¿Ninguna? ¿Ni una sola?



Ansset bajó la mirada.

—Canciones, Ansset. No palabras. Sólo una canción que tenga palabras, sólo canta así...

Y el profesor cantó un breve fragmento de melodía que le decía a Ansset: Confía, confía, confía.

Ansset sonrió. Cantó la misma melodía al profesor. Durante un momento, el maestro también sonrió; luego pareció sorprendido, y extendió una mano, con los ojos llenos de admiración, y acarició el pelo de Ansset. El gesto fue afectuoso, y por eso Ansset le cantó la canción del amor, pero no las palabras, porque todavía no tenía memoria para recordarlas. Cantó la melodía como Rruk se la había cantado, y el maestro lloró. Fue la primera lección de Ansset en su primer día en la Casa del Canto, y el maestro lloró. No comprendió hasta mucho más tarde que el maestro había perdido el Control y éste se sentiría avergonzado durante semanas hasta que sus propios dones fueran mejor apreciados. Sólo sabía, entonces, que cuando cantaba la canción del amor le comprendían.

3

—Cull, estás por encima de estas cosas —dijo Este, con pena, comprensión y reproche—. Eres un buen maestro, y por eso se te confían los nuevos.

—Lo sé —contestó Cull—. Pero, Este...

—Lloraste durante varios minutos antes de recuperar el Control. Cull, ¿has estado enfermo?

—No.

—¿Eres desgraciado?

—No, no hasta... después. No lloré de pena, madre Este. Lloraba...

—¿Por qué?

—Lloraba de alegría.

Este murmuró exasperación y pareció no entender.

—El niño, Este, el niño.

—¿Ansset? ¿El rubio?

—Sí. Le canté confianza y me la repitió.

—Es prometedor, entonces. Y perdiste el Control delante de él.

—Eres impaciente.

Este inclinó la cabeza.

—Lo soy.

Su postura reflejaba vergüenza. Su voz decía que aún estaba impaciente y sólo un poco avergonzada después de todo. No podía mentirle a un maestro.

—Escúchame —suplicó Cull.

Te estoy escuchando, dijo el suspiro tranquilizador de Este.

—Ansset me cantó nota por nota mi confianza, perfectamente. Casi durante un minuto, y no era fácil. Y no cantó sólo la melodía, sino que interpretó el tono, el matiz. Cantó todas las emociones que le había dicho, excepto que más fuerte. Fue como cantar en una gran sala y escuchar que el sonido es devuelto con un tono más alto de lo que tú lo has cantado.

—¿No exageras?, preguntó el canturreo de Este.

—Me quedé anonadado. Y al mismo tiempo deleitado, porque supe en ese mismo instante que teníamos a un auténtico prodigio. Alguien que podría convertirse en un Pájaro Cantor...

Cuidado, cuidado, dijo el siseo que brotó de la boca de Este.

—Sé que no es decisión mía, pero no oíste su respuesta. Es su primer día, su primera lección... y eso no fue nada, nada en absoluto con lo que sucedió después. Este, me

cantó la canción del amor. Rruk sólo se la cantó una vez, ayer. Pero él me la cantó entera...

—¿Con palabras?

—Sólo tiene tres años. Cantó la melodía y el amor. Esste, Madre Esste, nadie me ha cantado nunca un amor así: incontrolado, completamente abierto, totalmente entregado, y no pude contenerme. No pude, Esste, y sabes que nunca había perdido el Control antes.

Esste oyó la canción de Cull y supo que el maestro instructor no estaba mintiendo para protegerse. El niño era notable. Era poderoso. Esste decidió que tenía que verlo.

Después de conocerlo, en el transcurso de un breve encuentro en la Cocina durante el desayuno, decidió ser la instructora del niño. En cuanto a Cull, la consecuencia de su pérdida del Control fue mucho menos grave que de costumbre, y mientras enseñaba a Anset día a día, dio órdenes de que Cull promocionara paso a paso hasta que pocas semanas después volvió a ser maestro de los nuevos, y Esste hizo correr la voz de que nadie debería criticar a Cull.

—Con este niño, cualquier maestro habría perdido el Control.

Por la manera en que Esste andaba, como si bailase, y por el calor de su voz, todos los profesores y maestros, incluso el propio Maestro Cantor de la Sala Alta, advirtieron que ella por fin suponía, y quizás incluso creía, que el trabajo de su vida estaba a su alcance.

—¿El Párajo Cantor de Mikal? —se atrevió a preguntarle un día otro Maestro Cantor, aunque su melodía anunciaba que no tenía por qué contestarle si no quería.

Ella sólo canturreó fuertemente en su cabeza y la apoyó contra la piedra, poniéndose la mano en la cara para que el Maestro Cantor se riera. Pero éste obtuvo su respuesta. Podía bromear y tratar de esconder sus esperanzas, pero sus juegos y payasadas eran un mensaje suficiente.

Esste era feliz, hasta tal punto que incluso asombró a los niños.

#### 4

Era inaudito que un Maestro Cantor enseñara a los niños nuevos, aunque éstos, por supuesto, no lo sabían, al menos al principio, hasta que no aprendieron los conocimientos básicos para progresar, como clase, y convertirse en Gemidos. Había otros Gemidos, algunos de cinco o seis años ya, y como todos los niños tenían su propia sociedad con sus propias reglas, costumbres y leyendas. La clase de Anset aprendió pronto que era posible mostrarse belicoso y testarudo con un Eructo, pero nunca con un Brisa, y que no tenía importancia dónde se durmiera, aunque había que sentarse a la mesa con los amigos; y que si un compañero Gemido te cantaba una melodía, había que cometer deliberadamente un error al cantársela de nuevo, o pensaría que estabas haciendo alardes.

Anset aprendió rápidamente todas estas reglas, porque era brillante, e hizo que todos los de su clase lo consideraran como a un amigo, porque era amable. Solamente Esste advirtió que Anset no intercambiaba secretos en el baño y que no se unía a ninguno de los círculos internos que constantemente se formaban y se rompían entre los niños. Anset, en cambio, trabajaba duramente para perfeccionar su voz. Canturreaba casi de forma constante. Alzaba la cabeza cuando los maestros y profesores hablaban sin palabras, usando sólo la melodía para comunicarse. No prestaba atención a los niños, que no tenían nada que enseñarle, sino a los adultos.

Aunque ninguno de los niños era consciente de que se separaba de ellos, a nivel inconsciente lo permitían. Trataban a Anset con deferencia. La novatada típica que gastaban a los Eructos (no, no delante de los profesores: delante de los profesores eran Campanas), que normalmente consistía en orinarse sobre un Eructo para que tuviera que volver a ducharse, o bien derramarle la sopa día tras día hasta que los cocineros le reprendieran, no afectó a Anset.

## Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

